

## AHORA, COMO CARDENAL (Abril 1995)

Sí, sigue siendo la VOZ DEL OBISPO, aunque el Obispo sea ahora Cardenal. Porque la misión de enseñar la recibimos en plenitud los obispos con nuestra consagración episcopal. El Obispo es así el Maestro por excelencia del pueblo de Dios que el Señor le ha confiado. Esta misión la ejerce especialmente en su propia diócesis; por el hecho de ser obispo de la Iglesia una, santa, católica y apostólica implica una responsabilidad sobre todo el rebaño de Cristo que es compartida con todos los obispos en comunión con el Papa.

Una expresión actual de esta corresponsabilidad son las Conferencias Episcopales, las cuales reúnen a los obispos de un país o región para considerar las líneas pastorales comunes que deben seguirse. El Sínodo de los Obispos, que se reúne en Roma cada tres años, es una manera muy concreta de ejercer esa solidaridad en la conducción de la Iglesia. En esta asamblea, los obispos, venidos del mundo entero en representación de sus conferencias episcopales, tratan un tema específico que les propone el Papa.

El Arzobispo de La Habana es ahora Cardenal y esto añade nuevos matices a las responsabilidades que ya tiene de regir la Arquidiócesis de La Habana y de ser miembro de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, pues el Cardenal tiene una especial comunión con el Santo Padre y participa por ello en las preocupaciones y proyectos del Romano Pontífice con respecto a la Iglesia Universal. Para poner esto en evidencia se le asigna una iglesia en Roma y pasa a ser así miembro del clero de la Ciudad Eterna. Nada de esto cambia en ningún grado su misión episcopal, pero indica que el alcance y la responsabilidad de su tarea pastoral reciben un renovado impulso de sus nuevas funciones como miembro del Colegio Cardenalicio y de esa particular cercanía al Papa que universaliza aún más la acción propia del obispo y le confiere mayor proyección.

Por eso he estado visitando todas las diócesis de Cuba, comenzando por la Basílica y Santuario de Ntra. Sra. de la Caridad de El Cobre. Por eso he visitado también a los cubanos residentes en Madrid o en Caracas y un poco más adelante visitaré a los que viven en Estados Unidos. Pues si la responsabilidad propia del obispo lo lleva también a desplegar su ministerio más allá de los límites de su diócesis y la especial colaboración con el Santo Padre confiere al Cardenal una acción pastoral más amplia en relación con toda la Iglesia, esta debe desplegarse normalmente en primer término con sus coterráneos, dondequiera que ellos se encuentren.

Al inicio del Pontificado del Papa Juan Pablo II, muchos no comprendieron sus viajes pastorales. Atendían más a sus implicaciones políticas o aun económicas que a la motivación real del Santo Padre: visitar cada una de las Iglesias que él preside desde su Sede de Roma para anunciar personalmente a Jesucristo a cada cristiano.

Algunos pudieran preguntarse también sobre los viajes del Cardenal cubano y encontrar respuestas evidentes a mis desplazamientos en Cuba, mostrando mayor curiosidad por mis visitas a los cubanos católicos residentes en otros países.

Es verdad que los obispos propios de los cubanos que viven fuera de nuestra Patria son aquellos de sus lugares de residencia; pero existen variadas y serias razones para que desde Cuba se les visite regularmente, además de las ya explicadas

con anterioridad. En mi caso, muchas de ellas son inherentes a la misión episcopal proyectada con más amplitud por la pertenencia al Colegio de Cardenales, pero debe añadirse también que la Iglesia ha tenido siempre una atención especial hacia los nacionales de un país que viven fuera de las fronteras geográficas de su Patria, ucranianos, polacos, irlandeses, libaneses, que se han establecido en diferentes países; mejicanos e hispanoamericanos, en general, residentes en Estados Unidos han merecido siempre el cuidado pastoral de la Iglesia de su país de origen. En ocasiones, los grupos de inmigrantes partían con sus capellanes.

En casi todos los casos se da la visita periódica, siempre que es posible, de algún obispo especialmente designado en su nación para mantener las relaciones de los católicos con sus comunidades de procedencia; estrechar los lazos fraternales y animarlos en su vida de fe en un medio diferente de su lugar de nacimiento.

Esta ha sido también la práctica de la Iglesia Ortodoxa Rusa con los cristianos emigrados de ese país y aun durante los años anteriores a los cambios ocurridos en aquella nación.

Como pasa con los sentimientos patrióticos, y aún más, con los lazos de afecto que la fe católica establece entre los cristianos y de parte de ellos con sus pastores, estos se agrandan con la distancia y el tiempo de separación. Aunque el católico cubano viva en Tampa, en New Jersey o en Miami y rece cada domingo en la Misa por el obispo del lugar, a quien reconoce como su pastor y guía, el afecto, el recuerdo, las vivencias, la cultura, lo mantienen muy unido a la comunidad católica de su pueblo natal, de su iglesia en La Habana, en Camagüey o en Santiago. En su memoria está vivo el recuerdo del Obispo que lo confirmó, a quien mencionaban siempre en la Misa dominical de su parroquia en Cuba y las familias no olvidan el padre de la iglesia que cerró los ojos de su madre y los acompañó en el dolor, el que celebró la misa festiva el día en que la muchacha cumplió quince años, el que los casó y les bautizó a los hijos. Los católicos de Cuba se llevan en sus corazones el sonido de las campanas de su pueblo y le envían a la Virgen cada año tela de brocado para que estrene un manto nuevo en la fiesta patronal. La Iglesia que vive en Cuba nunca ha pasado por alto estos sentimientos que forman parte de nuestra historia presente.

Aun cuando el tema de la emigración cubana se hizo espinoso y revistió por mucho tiempo características muy dolorosas, con rupturas radicales, incomunicación entre miembros cercanos de una misma familia, silencios inexcusables o palabras hirientes, siempre los obispos y sacerdotes que hemos visitado los países y regiones con grupos grandes de cubanos hemos celebrado para ellos la Santa Eucaristía, hemos predicado la palabra de Dios y mantenido el contacto entre los católicos residentes fuera de Cuba y sus comunidades cristianas en nuestro país. En muchas ocasiones, cumpliendo con nuestro sagrado ministerio de reconciliación, hemos acercado a familias separadas, o aliviado el sufrimiento de una madre que no sabía de su hijo aquí o allá y logró tener noticias de él, o hemos llevado el consuelo a quienes estaban lejos cuando murió un ser querido y les contamos sus últimos momentos y la fe con que enfrentó el tránsito siempre desgarrador de la muerte, o hemos comunicado a una familia la noticia del feliz retorno de alguno de sus miembros más queridos a la fe la iglesia. Por estas sendas del alma humana sembradas de rosas y espinos transita siempre la Iglesia con su misión propia de plantar la semilla buena del amor y de la paz.

En el campo civil se han dado también en Cuba pasos para borrar aquella consideración negativa y excluyente de la emigración cubana que tantos sufrimientos trajo consigo y tantas huellas dolorosas dejó en los corazones.

Hace mucho más de una década que quedó acuñado el apelativo de «*comunidad de cubanos residentes en el exterior*» como modo propio para referirse a los cubanos del extranjero y así vinieron a sustituirse afortunadamente otras frases que no queremos recordar. Todo cubano que vive fuera de nuestro país viaja a Cuba con un pasaporte cubano y cada vez más se abre paso el criterio de que somos una sola nación con diferentes matices en nuestra expresión cultural, ¿por qué no tendría también la Iglesia que está en Cuba una especial consideración a esos católicos cubanos que sirvieron aquí a su Iglesia, a veces con abnegación, que fueron nuestros feligreses y que están unidos a nosotros como hermanos en la fe y en el amor al mismo suelo patrio?

En este trabajo de reencuentro y acercamiento, la fe católica no es solo concurrente al esfuerzo múltiple por derribar barreras y tender puentes. Es, además, irremplazable en su propia misión.

Podrán los hombres juzgar con mirada extrínseca las motivaciones de tal o cual para reanudar sus contactos con la familia en Cuba o en el extranjero, según el caso. Unos hablarán de intereses económicos, otros de ablandamientos políticos. Solo el confesor conocerá el dolor profundo del corazón que se abre a él para decirle que no podía soportar más en su conciencia el peso de ignorar a su hermano, que no podía vivir más, sabiendo el sufrimiento de su madre por la ruptura entre sus propios hijos. Es en esas urdimbres hondas del alma donde se anudan los sentimientos más profundos y el ser humano es más persona, allí en donde únicamente puede entrar Jesucristo para sanar y salvar. Allí es donde la Iglesia alcanza al hombre concreto para hacerlo beneficiario de sumisión. Nadie sino Cristo y su Iglesia puede cumplir esta tarea. Nuestro pueblo dentro y fuera de Cuba está urgido de esta curación en su alma nacional. Los obispos cubanos estamos conscientes de esto y con ellos el Cardenal de los cubanos que encarna ahora el sentir de sus hermanos obispos y de los católicos cubanos de dentro y fuera del país. Es hora ya de que nuestro pueblo sea el protagonista de una historia que tanto le atañe y le duele.

Así lo fue en la Plaza de la Catedral y con la Iglesia repleta cuando recibió a su Cardenal. Así ha sido en el Cobre, en Holguín, en Camagüey, en Pinar. No fui yo quien dijo en aquellas ocasiones las palabras definitivas. Fue el pueblo de Dios el que gritó con firmeza: ¡*Sí, creo!*, quien proclamó ante el mundo la fe de tantos cubanos.

Por esta razón visita el Cardenal a su pueblo aquí y dondequiera que vivan los cubanos. Ni temores ni intentos de manipulación podrían detener a la Iglesia en su sagrada e imprescindible misión. Esa es la lección que nos ha dado el Papa Juan Pablo II y que yo creo haber aprendido en su maravillosa escuela de estos casi 17 años de Pontificado que son los mismos de mi ministerio episcopal, ya que fui uno de los primeros obispos nombrados por él.

A ustedes, queridos católicos cubanos, que me han colmado de afecto y de delicadezas de todo orden, les pido su oración para que me mantenga siempre fiel en esta misión y los bendigo con el cariño de siempre.